

Guerra de fronteras, fronteras de la guerra¹

Étienne Balibar

Al comienzo de la invasión a Ucrania, consultado por el periódico *Mediapart*, declaré que aquella no solo constituía una agresión en el sentido del derecho internacional -lo cual es evidente-, sino que además era conveniente, para ayudar al pueblo ucraniano a vencer al invasor, poner a su disposición todo el apoyo militar y diplomático necesario, sin importar su proveniencia ni a qué intereses ideológicos y estratégicos respondían. La necesidad hace la ley.² A 65 días de la guerra, no he cambiado de opinión sobre este punto. La agresión continúa, acompañada de destrucción y crímenes de guerra. También continúa la resistencia. Esta es sostenida por una ayuda material y de inteligencia, coordinada por la OTAN, cuyos límites pueden ser discutidos, pero que resulta masiva y eficaz, y aumenta a medida que se aproxima el umbral de la “co-beligerancia” -si es que aún no se ha traspasado. Y la resistencia descansa sobre todo en una extraordinaria movilización patriótica, en la cual se encuentran civiles y militares, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, bajo la autoridad de dirigentes políticos reconocidos y oficiales que han dado muestras de una destacada competencia. Se han registrado avances importantes, ocasionándole al invasor pérdidas importantes y forzando al pueblo ruso a modificar sus planes de conquista y destitución para concentrarse -al parecer- en la anexión de las regiones oriental y meridional del país, aún al precio de su transformación en campos en ruinas y del éxodo de su población. Pero nada está definido mientras una nueva ofensiva está en curso, y la incertidumbre es aún más grande en cuanto a las variables fundamentales que van a determinar el carácter de la guerra: su *duración*, que podría ser muy larga (sobre todo si se tiene en cuenta, además de la obstinación de los beligerantes, los aspectos económicos que se han incorporado a través de las “sanciones” decretadas por las potencias occidentales contra Rusia), y correlativamente *la extensión espacial* de su “teatro” (susceptible de incluir más regiones y territorios por ahora preservados, en particular dentro de la Unión Europea, que ya está implicada en los hechos), así como -lo que no es menos preocupante- sus *modalidades* o el *grado de inhumanidad* (que depende en particular de la cuestión de si el ejército ruso, ya

¹ Traducción: Marcelo Starcenbaum

² Balibar, Étienne. “ Le pacifisme n’est pas une option”. <https://www.mediapart.fr/journal/culture-idees/070322/etienne-balibar-le-pacifisme-n-est-pas-une-option>

responsable de masacres, también recurrirá a armas químicas o nucleares, para compensar lo que se advierte como inferioridad en términos de motivación, preparación y táctica).

Mi intención no es en absoluto afinar o corregir esta imagen de la situación, que no hace sino resumir las informaciones brindadas día a día por los medios de comunicación. Menos aún intento pronosticar sobre el curso de los acontecimientos, el cual nos puede deparar grandes sorpresas. Lo que me gustaría intentar, con todos los riesgos del ejercicio, es una reflexión sobre las dimensiones y las implicancias “mundiales” o “cosmopolíticas” de la guerra en curso, buscando revisar los elementos que vienen de una larga historia, a la luz de las transformaciones que está desarrollando. Si digo, como me ha parecido necesario plantear en el comienzo, que se trata fundamentalmente de una *guerra europea*, no quiero decir solamente que enfrenta a dos pueblos “europeos”.

La guerra pone en cuestión (pudiendo conducir a un *cambio radical*) dos construcciones institucionales de diferente nivel y función pero devenidas estrechamente dependientes, a pesar de que puedan contradecirse: por un lado, la *federación* (o “casi-federación”), que es la estructura jurídico-política, sustentada en una integración económica, de la cual se dotó progresivamente la parte occidental y central de Europa (luego de la Segunda Guerra Mundial y el derrumbe del “sistema socialista”); por el otro, la *nación* e incluso la propia *forma nación* -esa construcción política y cultural “inventada” por Europa, luego exportada a todo el mundo, característica del modo en el que los pueblos europeos “se gobiernan” a sí mismos, y que sin embargo no ha cesado de dividirlos y ponerlos al borde de la autodestrucción. Hoy en Ucrania, entre los invasores rusos y los resistentes ucranianos, y por lo tanto -se lo quiera o no- entre los pueblos ruso y ucraniano, se juega no sólo la cuestión del *derecho a la existencia* de una nación sino también la de la *constitución* política de las naciones: contractual o tradicional, autoritaria o democrática, esencialmente endógena o al contrario *relacional*, es decir implicando una u otra forma de interdependencia. Esta cuestión se plantea hoy en toda Europa, de un modo que alcanza un umbral crítico. Ella “recapitula” toda nuestra historia, pero en nuevas condiciones, en las que naciones, incluso y sobre todo aquellas que quieren ser “soberanas”, no son sino relativamente dueñas de sus iniciativas, reaccionando a esta transformación -vvida por algunas como un progreso y por otras como una desposesión- de manera profundamente antitética. Es por esto que así como el destino de los beligerantes (incluido los rusos) depende en gran parte de cuál va a ser, en lo inmediato y en el largo plazo, el comportamiento frente a la guerra de los países europeos, Estados Unidos y otras potencias, el resultado de la guerra en Ucrania va a determinar por largo tiempo la manera en la que se “hace” o “deshace” Europa y se transforman las naciones que la constituyen. No estamos sino en el comienzo de este proceso,

y estamos viendo surgir los problemas para los cuales será necesario inventar las soluciones, particularmente en las instituciones y las narrativas. Pero son los tiempos justos para describirlos, que es una manera de buscar un rumbo, una brújula, en una prueba que promete ser difícil.

Me ha parecido que al menos una parte de estos problemas podrían ser formulados en términos de un cuestionamiento de la naturaleza y la función de las *fronteras*, en los diferentes niveles en cuales esta institución típicamente moderna (pero puesta en cuestión por el desarrollo de la mundialización) puede ser definida. Entre la *nación*, la *guerra* y la *frontera*, nociones evolutivas y todas -por definición- profundamente equívocas (es decir irreductibles a una única figura), existe en efecto a través de la historia una relación de codeterminación y sobredeterminación que sobresale en la coyuntura actual. Cada una de ellas está de cierto modo alojada en las otras como principio constitutivo y como fermento de contradicción: *tales guerras, tales naciones* (y a la inversa), pero también *tales naciones y tales guerras* (y a la inversa), así como *tales guerras y tales fronteras* (y a la inversa). Es a partir de este triple nudo que, *en el caso de la guerra actual*, quisiera esbozar el análisis, interpretando sus primeras “lecciones”, a pesar de que no ha terminado.

Pero antes de arribar a un esquema general, en el cual se podría identificar la articulación entre los diferentes aspectos de la guerra y las diferentes fronteras que se superponen alrededor del “teatro” ucraniano, me parece indispensable tener en cuenta el “punto de vista” de los protagonistas, que detentan en última instancia el criterio de la interpretación “justa” del enfrentamiento y cuya teorización geopolítica no podría ocultar que es su supervivencia lo que está en juego. En primer lugar, me preguntaré sobre el modo de existencia de la nación ucraniana en guerra, pero no solamente bajo la forma de *¿existe una nación ucraniana?* (lo cual niega al invasor, que se encuentra así “haciendo la guerra” a un adversario al que decreta como *inexistente*) o de *¿cuál es su identidad?* (que conduce a una respuesta tautológica), sino: *¿cómo esta identidad se está transformando?* Dicho de otro modo, planteo la pregunta sobre *en qué se está convirtiendo la nación ucraniana* bajo los efectos de la guerra de la que es objeto y de la resistencia que ella opone. Si bien el término debe ser precisado, puede afirmarse que la nación ucraniana está en vías de convertirse en “soberana”, en tanto (no por primera vez pero parecería que esta debe ser la definitiva a condición de no ser aniquilada) implica una *guerra de independencia*. Es comparable, en este sentido, a los pueblos coloniales o colonizados que forjaron su unidad y definieron el carácter de sus instituciones liberándose, a través de una lucha larga y violenta, de una tutela u opresión extranjera. Pensemos en las colonias inglesas y españolas de América, o en Argelia liberándose de su carácter

“departamental” bajo el cual se camuflaba y se legitimaba su ocupación. Ucrania es formalmente independiente desde 1991, pero las “justificaciones” que acompañan la invasión revelan que esta independencia estaba cuestionada, o que el vecino ruso, heredero del imperio del que ella había formado parte, no renunciaba a imponer nuevamente su soberanía³. Sin embargo, esta caracterización no circunscribe el fenómeno principal, que -en los términos de una sociología política ampliamente aceptada- definiría como la transición potencia de una *nación étnica* a una *nación cívica*. Esto surge de dos hechos estrechamente imbricados y que se refuerzan mutuamente. Uno es que la nación ucraniana se afirma en un proceso de *resistencia* (en sentido muy cercano al que ha tenido lugar en Europa, y especialmente en Francia, en la época de la guerra contra el nazismo), en el que el lazo comunitario se forja y se consolida por un festo de la ciudadanía activa, que incluye la constitución de un pueblo en armas, la disposición colectiva a la lucha y el sacrificio, la igualdad frente a los riesgos y las obligaciones, pero también la reivindicación de las instituciones representativas y la democracia. El otro es que, en esta resistencia solidaria de la población, las divisiones genealógicas, lingüísticas más que culturales, que provienen de una historia larga y conflictiva, que continúan dividiendo a los ucranianos, sosteniendo concepciones antitéticas de la identidad nacional y el lugar de su país en el entorno geográfico y geopolítico, y que las vicisitudes de la vida política desde principios del siglo XXI, instrumentalizadas por fuerzas exteriores o los “oligarcas” locales, habían contribuido a agravar, son ahora relativizadas e incluso borradas. Este es el hecho que ha alterado las circunstancias del conflicto y que ahora determina estratégicamente su desenlace: mientras que los rusos entraron en Ucrania convencidos de que iban a encontrar al menos pasividad en la población “rusófona”, ésta en su inmensa mayoría rechaza la invasión y participa activamente en la resistencia. Se trata de una contribución decisiva tanto al fortalecimiento de la unidad nacional y su capacidad de combate como a la transformación de una representación “étnica” de la identidad nacional a una representación “cívica”, fundada sobre la adhesión a un mismo sistema institucional. En este punto deben plantearse dos cuestiones, a los fines de no simplificar ni idealizar las cosas. La primera concierne al *relato nacional* ucraniano, y la manera en el cual configura el *imaginario* sin el

³ La comparación con el caso de Argelia es particularmente iluminador, porque son la identidad nacional (por lo tanto, lingüística y cultural) y la propiedad de un territorio las que son negadas por la potencia dominante, y porque esta está obligada a conducir contra aquellos que, teóricamente, no existen como nación, una “guerra sin nombre”. De allí la extrema crueldad de esta guerra. La destrucción de ciudades cuyas poblaciones son aterrorizadas con la esperanza de aniquilar la capacidad de combate que ellas albergan no tiene nada que envidiarle a los ataques con napalm de la armada francesa en la guerra de Argelia.

cual no puede haber una comunidad de ciudadanos en la historia. El segundo tiene que ver con la manera en que la exigencia de independencia y “soberanía” se combina con una demanda de integración en un conjunto supranacional, que no es un imperio sino que se presenta como una “federación” (la Unión Europea) o como una alianza (la OTAN). Las dos cuestiones están estrechamente ligadas y conllevan una gran incertidumbre.

Mientras que el *relato imperialista* propagado por el propio Putin y su entorno invoca una pertenencia (que es también una subordinación) de la identidad ucraniana a la inmemorial “nación rusa”, y tiende a reducir el hecho de la independencia ucraniana a lo que sería un complot anti-ruso de la OTAN, el *relato nacionalista* ucraniano -toda nación requiere una nacionalismo- tiende a *borrar la discontinuidad* y a *relativizar los conflictos* que marcan la historia de esta entidad que hoy se designa como “la nación ucraniana” y que preceden a su reconocimiento internacional. Simplificando enormemente, se podía decir que traza una línea continua entre un *origen arcaico* (el acontecimiento “fundador” que sería el surgimiento y florecimiento entre los siglos IX y XII del Imperio de Kiev, que inaugura la extensión de la ortodoxia hacia los pueblos eslavos) y un *comienzo tardío* (la independencia formalmente adquirida luego de la desintegración de la URSS). En esta continuidad, el episodio de la “República ucraniana” entre 1917 y 1923, en el marco de las guerras civiles y exteriores que llevaron de la revolución soviética la fundación de la URSS (de la cual la República soviética de Ucrania es una de las cuatro integrantes originales), y en las que se enfrentan partidos “rusos” y “ucranianos” pertenecientes a campos antagónicos, constituye un eslabón esencial, en tanto permite plantear aunque la “nación ucraniana”, que sobrevive de manera subterránea, siempre ha buscado aprovechar las circunstancias históricamente favorables para constituirse en Estado, más allá de los largos períodos en los cuales se encontró desmembrada, dividida entre múltiples imperios, absorbida dentro de una “nación dominante”, incluso exterminada (como en el espantoso episodio del genocidio por hambruna, perpetrado por orden de Stalin bajo el pretexto de la “deskulakización”, que marca con el sello de la tragedia la continuidad entre la “colonización” rusa y la “colectivización” soviética). De este modo se incrementa, y se erige en principio de supervivencia, la resistencia cultural fundada en la lengua (preservada sobre todo en las provincias occidentales, las que pertenecieron al Imperio austríaco o a los Reinos polaco y polaco-lituano), en detrimento del pluralismo lingüístico que resultó históricamente de las políticas de rusificación autoritaria, que del zarismo al comunismo han implicado una doble dimensión de asentamiento de inmigrantes originarios de la “Gran Rusia” y de marginación o prohibición de la lengua ucraniana. En consecuencia, como se ha podido observar sobre todo después del *Euromaidán* de 2014, se desarrolla (y oficializa) la tendencia

a la marginación de la lengua rusa que practican casi todos los ucranianos (y que es la primera lengua de un porcentaje significativo de ellos), lo que implica (como en otros países del mundo) la sustitución del monolingüismo oficial por un plurilingüismo de hecho, confiriéndole un valor de “lealtad” nacional. Pero al mismo tiempo surge la pregunta sobre lo que ocurrirá luego del fin (se supone victorioso) de la guerra de independencia actual. Se abren dos caminos hipotéticos: el que sanciona y acentúa la exclusión identificando al ruso, lengua del enemigo, como un instrumento de colonización al que es necesario borrar, reduciendo hasta lo indiscernible la distancia entre la *nación étnica* y la *nación cívica*; y el que, por el contrario, se apoya sobre el hecho revolucionario que constituye la “reunión” de los ciudadanos ucranianos de todas las culturas en una resistencia y una voluntad de autodeterminación común, buscaría abolir la noción de “minoría” y convocar a la complejidad, aún conflictiva, de una historia marcada por las inversiones permanentes de la hegemonía política y sus desarrollos sociales irreducibles a toda monotonía, al servicio de una democracia tanto institucional como cultural⁴. Toda construcción nacional necesita de aquello que propone llamar una *etnicidad ficticia* (fundada sobre un relato), cuyo soporte en la época moderna es generalmente la lengua (en concurrencia o complementación con la “raza”). Pero hay diversas maneras, que las circunstancias pueden volver antitéticas, de construir esta etnicidad, para sustituirla o subordinarla a la ciudadanía.

Pero esta cuestión no será independiente de aquella que plantea la aspiración de la Ucrania independiente a entrar en la Unión Europea o incluso (para que la paradoja se manifieste absolutamente) o a realizar su soberanía bajo la forma de una incorporación al conjunto supranacional de una federación (o casi-federación). La primera cuestión se refiere al trazado de una “frontera interior” que redobla y refuerza las fronteras territoriales nacionales, mientras que la segunda se refiere al hecho de que las fronteras nacionales, más o menos aseguradas en su trazado y protegidas en su duración, encargadas de instituir en el territorio y la población un especie de *pertenencia mutua*, son al mismo tiempo susceptibles de estar subordinadas “jerárquicamente” a pertenencias más generales -una tendencia tal vez característica (al menos en Europa) del período histórico actual, pero también expuesta a fuertes objeciones, en tanto no hace sino “subdividir la soberanía”, lo cual puede aparecer políticamente, jurídicamente y hasta metafísicamente como una contradicción en los propios

⁴ Quizás por deformación profesional, le otorgo un gran valor simbólico al hecho de que haya sido en Kiev donde se han elaborado simultáneamente, bajo la dirección del filósofo Constantin Sigov, las dos versiones, ucraniana y rusa, del *Vocabulario de las filosofías occidentales*, publicado en francés en 2004 bajo la dirección de Barbara Cassin.

términos. ¿Por qué el problema se plantea de manera particularmente aguda en el caso de la Ucrania en guerra? Podríamos contentarnos con señalar la paradoja de una lucha por escapar definitivamente a las garras de un imperialismo (él mismo heredero de un imperio) que se propone al mismo tiempo hacer entrar a la nación en una nueva dependencia (o interdependencia). Pero debemos ser un poco más cautelosos dado que la entrada de Ucrania en el sistema de fronteras de “Occidente”, de la cual Rusia ha hecho el pretexto de su “invasión militar especial”, y que la guerra acelerará aún más, se divide en dos aspectos o elementos heterogéneos que no tienen la misma temporalidad ni las mismas implicaciones en términos de autonomía. La demanda de adhesión a la *Unión Europea* que fue puesta en marcha en beneficio de un beneficio acelerado aparece como una forma simbólica de afirmar la *occidentalidad* cultural de Ucrania y de cortar con el “mundo ruso” en un momento en el que éste parece identificarse más que nunca -bajo el impulso de Putin y los ideólogos de su entorno- con la combinación de la autocracia y el anti-occidentalismo eslavófilo. Ello implica aceptar el principio de limitaciones o reparto de la soberanía, pero como estas limitaciones de la soberanía están asociadas a un principio federal en el que, al menos formalmente, la igualdad de los derechos entre las naciones está preservada, y en el que el constitucionalismo democrático está inscripto en sus principios fundadores, ellas parecen conciliables (aún al precio de tensiones y conflictos de interés) con un proyecto de emancipación colectiva, especialmente porque toma la forma de una resistencia al sometimiento. Es muy diferente para la cuestión de la adhesión de Ucrania a la OTAN, que había sido formalmente excluida por la organización pero que en realidad está en vías de realización acelerada a través de la participación cada vez más masiva de la alianza militar en las operaciones, más allá de los “límites” dentro de los que se supone que puede mantenerse. En efecto, lo que aquí está en juego no es el régimen ni la constitución, sino la protección. Pero esta protección tiene como contrapartida la incorporación a un sistema político-militar que no está solamente “integrado”, sino jerarquizado o más bien *hegemonizado*, bajo la dominación de Estados Unidos, una potencia extra-europea pero que jamás ha renunciado, después de la Segunda Guerra Mundial, a subordinar la alianza occidental a sus propios intereses imperialistas geoestratégicos. El hecho de que la sumisión a esta hegemonía (acompañada de presiones o demandas de intervención) sea *reivindicada* por aquellos que ella controla, no modifica en nada su naturaleza. Asistimos a una reedición -bajo una forma acelerada y dramatizada por la urgencia- del desplazamiento de las prioridades que habían caracterizado la incorporación al bloque occidental de los antiguos países socialistas, que formaban lo que Donald Rumsfeld, al momento de la guerra en Irak, llamaba la “nueva Europa”, lo que no quiere decir que vaya a tener las mismas consecuencias.

Para concluir provisoriamente este esbozo de análisis y abrir a nuevas reflexiones, intentemos diseñar un esquema de la superposición del sistema de fronteras dentro de las cuales se desarrolla actualmente la guerra europea y que la sobredeterminan, haciendo de ella una “guerra de fronteras” en múltiples sentidos.

Digamos en primer lugar: es posible distinguir de forma *abstracta* (que luego habrá que complejizar pero que indican una primera jerarquía) tres niveles de fronteras o de *líneas de demarcación* que separan los espacios políticos (que son también culturales, militares, económicos). En cada uno de estos niveles se presenta una alternativa de conflicto y de complementariedad; por lo tanto al límite, de un lado la posibilidad de la guerra, del otro el de la negociación o la alianza.

El primer nivel es el de las *fronteras internacionales*, lo que quiere decir: en el sentido del derecho internacional, el cual presupone que las entidades separadas entre sí son típicamente “naciones”, que se suponen soberanas al menos formalmente. Luego de la descomposición de la Unión Soviética en 1991, existió una frontera internacional que separaba Rusia (la Federación rusa) del estado ucraniano. Esta frontera ha sido violada el 24 de febrero de 2022 con la invasión del ejército ruso en diferentes puntos de su trazado, lo cual caracteriza una “agresión” en el sentido del derecho internacional. Pero en realidad sabemos que las cosas son un poco más complicadas, ya que a partir de 2014 se desplegó una guerra “sin nombre”, que tenía como objetivo el control de las regiones ucranianas que reivindicaban su autonomía o su independencia, apoyadas o directamente controladas por Rusia en nombre de su supuesta pertenencia cultural al “mundo ruso”, que ya había dado lugar a negociaciones y anexiones. Se trata, por tanto, de una frontera fijada por el derecho pero flotante en la práctica. Simétricamente, hay una frontera que separa a Ucrania de sus vecinos del Oeste, especialmente Polonia (con la que ha tenido históricamente lazos muy estrechos, a menudo conflictivos). Esta frontera no ha sido cuestionada en la guerra actual, pero ella también adquiere un status flotante, debido al traslado masivo de población (es decir, refugiados) que entraña la destrucción de las ciudades ucranianas.

El segundo nivel es el de conjuntos “supranacionales”, que no están separados por fronteras jurídicas (excepto de manera indirecta a través de los Estados los constituyen), sino por fronteras *estratégicas*, generalmente reforzadas por las oposiciones entre los *sistemas políticos*. Resulta pertinente utilizar aquí la categoría propuesta por Carl Schmitt en 1950 en su libro *El nomos de la Tierra*, y retomada por Samuel Huntington en *El choque de las civilizaciones*, la del “gran espacio” (*Grossraum* en alemán) más o menos continental, sometido a la hegemonía de la una nación dominante, o al contrario organizado según un

principio de alianza igualitaria, pasando por todo tipo de grados intermedios entre ambas posibilidades. Para el caso que nos interesa, los dos espacios son “el Este” y “el Oeste”. Por un lado, la Federación Rusa con sus Estados satélites (como Kazajistán y Bielorrusia), que son los “restos” (considerables) de la descomposición de la URSS, la cual había sucedido, desde el punto de vista territorial y estratégico, al Imperio Ruso. Podría decirse, al precio de una simplificación pero que ilumina la ideología en nombre de la que se lleva a cabo la guerra desde el lado ruso, que se trata de un espacio *imperial*. Aparentemente diferente, la situación también es complicada del otro lado, dado que el espacio estratégico al que se enfrenta Rusia, por el apoyo que le da a la independencia ucraniana y por la inversión militar cada vez más grande, está constituido por *dos entidades*, la Unión Europea y la OTAN, que tiene a Estados Unidos en el “puesto de mando”. Ni una ni la otra son un imperio. La Unión Europea es una *federación* (o *casi-federación*), lo que explica por qué la incorporación de Ucrania a la Unión Europea podría coincidir con la consolidación de sus instituciones democráticas, y la OTAN es una *alianza militar*, sometida a la hegemonía de Estados Unidos pero constituida sobre una base cooperativa. Estas diferencias en la definición de los dos espacios implican una *asimetría fundamental* desde el punto de vista del sistema político que los define, pero también una *incertidumbre* en cuanto a la naturaleza del conflicto que los enfrenta y en el cual Ucrania ocupa el epicentro. Podría pensarse que ciertos estados democráticos necesitan, para defenderse a sí mismo y sus instituciones, ser incorporados a la Unión Europea o ubicarse bajo la protección -por no decir la tutela- de la OTAN, pero no puede adherirse a la tesis ideológica de una naturaleza puramente “defensiva” de esta alianza. La observación de las vicisitudes del conflicto sobre los últimos treinta años muestra, por el contrario, que el sistema “occidental” ha estado *a la ofensiva*, económicamente, ideológicamente, políticamente y militarmente (practicando una política de “cercamiento” del antiguo espacio soviético), ofensiva que Rusia intentó contrarrestar periódicamente, de manera violenta, actualmente a través de la guerra. Se trata entonces de una frontera en la que está en juego la relación de fuerzas entre dos *imperialismos en competencia*.

El tercer nivel es el que yo llamaría “planetario” o propiamente “mundial”. Se encuentra menos definido en el sentido jurídico del término, y en consecuencia le confiere a la noción de frontera un significado que podría considerarse “metafórico”. Sin embargo, puede que sea el más determinante en el análisis final. Siguiendo la inspiración de Carl Schmitt, pero también de una reelaboración de las ideas marxistas-leninistas sobre “el imperialismo”, diría que se trata de la manera en la que el mundo está “dividido” entre zonas heterogéneas, que le impide constituirse pura y simplemente en un “mundo cosmopolita” en el sentido kantiano (en un

“mercado mundial” en el sentido “perfecto” previsto por la tradición liberal a partir de Adam Smith). En el período anterior, el que va de los comienzos de la colonización europea al fin de la Guerra Fría, podría decirse que la figura principal de esta división ha sido lo que Gunder Frank, Wallerstein, Arrighi y Samir Amin han descrito como el “sistema mundo” capitalista, polarizado entre un “centro” dominante y la “periferia” dominada -una representación simplificada pero iluminadora, que permite localizar los conflictos principales y en particular las guerras. Hoy la configuración de esa división es mucho más compleja, porque implica una cantidad muy grande de actores heterogéneos y porque es necesario establecer demarcaciones (o “fronteras”) de distintos tipos: la oposición entre *potencias económicas* que buscan ser hegemónicas (como China y Estados Unidos), la demarcación entre el “Norte” y el “Sur” globales, que más que nunca estructura las *desigualdades sociales* en el mundo actual, y -no olvidemos- las demarcaciones entre las *zonas climáticas*, que el calentamiento actual (lo que Amitav Ghosh llama el “gran desvarío”) está en vías de profundizar y desplazar geográficamente. Llevaría tiempo mostrar que estos tipos diferentes de demarcaciones globales no son independientes entre sí. Sin embargo, son heterogéneas, lo cual dificulta definir una sola “política mundial”. La oposición de China y Estados Unidos no es solamente la de dos potencias capitalistas, sino también la de *dos capitalismo*s con distintas “lógicas”. La gravedad de las desigualdades entre el Norte y el Sur se ha puesto aún más de relieve con la pandemia de Covid 19 y lo que el Director de la Organización Mundial de la Salud ha llamado un “apartheid de vacunas” entre países ricos del Norte y países pobres del Sur. El desplazamiento de las zonas climáticas puede llegar a alterar los conflictos ubicando a ciertas zonas en situación de riesgo (Rusia podría ser particularmente afectada por esta situación).

La razón por la que me he permitido proponer este esquematismo abstracto no es solamente por evidenciar las “polisemia” de la noción de frontera, y por lo tanto, la multiplicidad de factores y fuerzas que intervienen en el desencadenamiento y el desarrollo de la guerra hoy en día. También es el hecho de que el “análisis concreto” de la guerra que comenzó en Ucrania (y cuyos desarrollos son imprevisibles, lo cual quiere decir que son potencialmente aterradores) conduce a una *complejización del esquema*, mostrando particularmente cómo los diferentes niveles interfieren entre sí. Ucrania, cuyo nombre significa “frontera” en lengua eslava, ha sido históricamente una zona de encuentro y de conflicto permanente entre “nacionalidades”, “imperios” y zonas de civilización. Podría parecer que la situación actual, en la cual en cierto sentido *una frontera busca convertirse en una nación* (lo que he llamado la “guerra de independencia”) es simplemente el resultado de esta herencia

histórica. Pero es necesario complejizar las cosas. Propongo hacerlo teniendo en cuenta las tres siguientes determinaciones:

- En primer lugar, Ucrania, que ha estado históricamente dividida por *fronteras interiores* (de naturaleza lingüística o religiosa), se encuentra presa del enfrentamiento entre dos “espacios estratégicos” que la tratan de manera asimétrica: *el imperio* que busca reconstituirse alrededor del régimen de Putin intenta destruirla como nación, mientras que *la federación* de Europa occidental le ofrece una defensa de su independencia, pero que corre el riesgo de transformarla en un “instrumento” de la política occidental de cercamiento de Rusia (y por lo tanto, ponerla en peligro además de protegerla).
- En segundo lugar, cada uno de los espacios estratégicos “se apoya” en un potencia *extra-europea*: la Unión Europea en Estados Unidos, que se aprovecha de la necesidad militar para reinstalar en Europa una dependencia política hacia su propio imperialismo, y Rusia en China, que es a la vez su aliado contra Occidente y su viejo rival en el continente “euroasiático”. China parece tener un interés táctico en sostener a Rusia y debilitar a Occidente pero también un interés estratégico, de largo plazo, en reforzar sus lazos económicos con el resto del mundo y especialmente con Europa.
- En tercer lugar, las fronteras “planetarias” son esencialmente inestables, en particular por las consecuencias cada vez más devastadoras de la catástrofe climática, pero también porque lo que está verdaderamente en juego en los conflictos geoestratégicos es la hegemonía de tal o cual capitalismo en el Sur del planeta. A lo que se suma el hecho de que la propia guerra, que parece haber puesto momentáneamente *entre paréntesis* las preocupaciones climáticas, va a tener consecuencias desestabilizadoras en una gran cantidad de países del Sur debido a la penuria alimentaria que ella genera.

Voy a concluir sin “concluir” realmente: la suerte de Ucrania y sus vecinos más cercanos (entre los que se encuentran prácticamente todos los países europeos) se juega evidentemente, de manera inmediata, en el campo de batalla -en este momento, en Donbass. Pero según el nivel de demarcación fronteriza que finalmente se convierta en “determinante”, o que “domine” al resto a medida que la guerra se prolongue, se perfilará un futuro completamente diferente. Tales fronteras, tales guerras, pero también tales guerras, tales naciones.